



Título del artículo / Título do artigo: Educarnos para habitar, habitar para educarnos. De hospitalidad, extrañamiento y sentirse en casa

Autor(es): Renato Huarte Cuéllar

Año de publicación / Ano de publicação: 2023

DOI: 10.63314/INOH9524

Citación / Citação

Huarte Cuéllar, R. (2023). Educarnos para habitar, habitar para educarnos. De hospitalidad, extrañamiento y sentirse en casa. *Ixtli: Revista Latinoamericana de Filosofía de la Educación*, 10(20), 183-197.
<https://doi.org/10.63314/INOH9524>





Educarnos para habitar, habitar para educarnos. De hospitalidad, extrañamiento y sentirse en casa

Renato Huarte Cuéllar
renatohuarte@yahoo.com



<https://orcid.org/0000-0002-2419-4271>

Renato Huarte Cuéllar es egresado de las licenciaturas en pedagogía, filosofía y letras clásicas en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, en donde también estudió la Maestría en Filosofía de la Ciencia y el Doctorado en Filosofía. Es profesor de dicha Universidad desde 2004 a nivel licenciatura y posgrado y miembro del Sistema Nacional de Investigadores (nivel I). Es miembro fundador de ALFE, A.C., misma que presidió entre (2015 y 2021)

Resumen - Resumo - Abstract

A partir de pensar el personaje de Telémaco en la Odisea y su impacto en la cultura occidental para pensar la Telemachia como un viaje formativo, se retoman los planteamientos de la filósofa y filóloga francesa Barbara Cassin para pensar qué significa habitar y el sentido de la nostalgia en tres personajes: Ulises, Eneas y Arendt. De esta manera tratan de vincularse los sentidos de la hospitalidad, del extrañamiento y del sentirse en casa con entender la educación como un viaje de lo más próximo hacia lo más ajeno. Se busca dar sentido al vínculo que puede haber entre 'educarse' y 'habitar' el mundo, a nosotros y lo que concebimos propio y extraño

Com base no personagem Telémaco na Odisseia e seu impacto na cultura ocidental, a fim de pensar a Telemachia como uma jornada formativa, as abordagens da filósofa e filóloga francesa Barbara Cassin são retomadas para pensar sobre o que significa viver e o sentimento de nostalgia em três personagens: Ulisses, Enéias e Arendt. Dessa forma, os significados de hospitalidade, distanciamento e apercebimento de estar em casa estão ligados a uma compreensão da educação como uma jornada do próximo para o distante. O texto procura dar sentido à ligação que pode existir entre "educar a si mesmo" e "habitar" o mundo, nós mesmos e o que concebemos como nosso e o que concebemos como estrangeiro.

Taking Telemachus' character and its voyage in the Telemachy as an educational journey in the Odyssey and its impact on Western societies, we take philosopher and philologist Barbara Cassin's approaches to think about what it means to inhabit and the sense of nostalgia in three characters: Ulysses, Aeneas, and Arendt. In this way, they try to link the senses of hospitality, being foreign, and 'feeling at home' with understanding education as a journey from what we perceive as closest to what we feel is the most alien. This text tries to make sense of the link between 'education' and 'inhabiting' the world, to us and what we conceive of as our own and strange.

Palabras Clave: Barbara Cassin, nostalgia, Telémaco, Odisea, educación

Palavras-chave: Barbara Cassin, Nostalgia, Telémaco, Odisseia, Educação

Keywords: Barbara Cassin, Nostalgia, Telemachus, Odyssey, Education

Este texto corresponde a la conferencia ofrecida en el marco del VI Congreso Latinoamericano de Filosofía de la Educación, organizado por ALFE. Bogotá, 2023.

Para citar este artículo:

Huarte Cuéllar, R. (2023). Educarnos para habitar, habitar para educarnos. De hospitalidad, extrañamiento y sentirse en casa. *Ixtli. Revista Latinoamericana de Filosofía de la Educación*. 10(20). 183-197.



Educarnos para habitar, habitar para educarnos. De hospitalidad, extrañamiento y sentirse en casa

Πάντα στον νου σου νάχεις την Ιθάκη.
Το φθάσιμον εκεί είν' ο προορισμός σου.

[Ten siempre a Ítaca en tu mente.
Llegar allí es tu destino.]

C. Cavafis. Ítaca. Vv.
Las coordenadas

Hay una conexión textual muy particular que acompañará este periplo. Tal vez todo comience con la “Telemaquia”. Por lo menos resulta interesante que la Odisea, después de la invocación a la musa para contar la historia del “hábil varón” (I,1), dedique los primeros cuatro cantos del poema, no a Odiseo sino a Telémaco, su hijo. El vacío que ha dejado Odiseo al irse a la Guerra de Troya, ha dejado en ruinas a Ítaca, el palacio lleno de pretendientes de Penélope y a un hijo desatendido. La propia Atenea, tras discutirlo con Zeus, decide transmutarse y aparecer en el canto primero (v. 105) como Mentos, el rey de los tafios, ante Telémaco. Así, le sugiere al joven príncipe que debería sugerirle a su madre que tome alguna acción para deshacerse de los que la pretenden, así como emprender un viaje para visitar a Néstor, rey de Pilos, y a Menealao rey de Esparta. En el canto segundo (v.224 y ss.) Atenea se hace pasar por Méntor, el amigo de infancia de Odiseo y a quien le encarga el cuidado de su hijo Telémaco.

Guardadas las diferencias entre los dos personajes, en realidad Atenea transfigurada en ambos casos, fueron vistos sin diferencias entre sí y una forma de entender a los “mentores” a lo largo de los tiempos y a lo largo y ancho de distintas geografías. Sin embargo, antes de desplazarnos, es preciso compartir que John (también rastreable como Ioannis o Gianni) Petropoulos piensa la “Telemaquia” en clave educativa. En su texto *Kleos in a Minor Key: the Homeric Education of a Little Prince* (2010) el autor griego parte de una palabra importante para la educación de los tiempos a los que refiere el poema homérico: kléos. Esta palabra puede ser traducida como honor, honra o, incluso, gloria. Petropoulos sostiene que este kléos debe ser leído “en clave

menor” (2010, p.31 y ss.) pues la Telemaquia no es la Odisea, el viaje de regreso a Ítaca de su rey. Esa sería la clave mayor, la manera en la que el héroe adulto se forja a través de todas las proezas que tiene el destino desplegadas para él en el camino de regreso a casa. Sin embargo, los primeros cuatro cantos de la Odisea tratan de la manera en la que Telémaco, con la guía de Atenea (Mentes-Méntor) adquiere esa certeza interna para gobernar y gobernarse, a la vez que es ser visto por otros (reyes) como su par. Desarrollar todas estas herramientas necesarias para desempeñarse como príncipe y futuro rey, para llegar a ser lo que el destino ha pedido de nosotros, es la palabra kléos. Esto sería leer la Telemaquia, según Petropoulos, “en clave menor”, una pequeña Odisea. Por más “menor” que pueda ser, no por ello sería menos importante. Incluso se podría sostener que el tan importante primer verso del poema homérico puede aplicarse también. Dice Homero: “ἄνδρα μοι ἔννεπε, μοῦσα, πολύτροπον, ὃς μάλα πολλὰ” (l.1) En traducción de J. M. Pabón (2015) habla el poeta: “Musa, dime del hábil varón que en su largo extravío,” (p.3) El poema comienza con la palabra ándra, “varón” en la traducción. Petropoulos sostiene que, ese hombre, en clave mayor es Odiseo. Sin embargo, en clave menor es Telémaco. En griego ándra no sólo se refiere a un hombre ya desarrollado. También puede referirse a un varón o, incluso, a alguien que está en proceso de ser. Ese camino, aunque menor, es importante para el devenir de este “pequeño” héroe. Telémaco visita a dos señores o reyes de ciudades para regresar a la propia, es un proceso, es un viaje formativo, siempre acompañado de un “mentor”, en este caso la “mentoría” de Atenea transfigurada.

En otro estudio que busca seguir dando sentido a la forma de entender la Telemaquia (Benítez Vega, 2018), se realiza un estudio no sólo del término kléos, como expone Petropoulos. También se asocian los términos hodós y areté. En el primer caso, la palabra griega quiere decir camino. Se suele imaginar los recorridos de Odiseo y Telémaco como algo gráfico sobre un mapa. Más famosos son aquéllos que podemos encontrar en las guías a la Odisea. No obstante, también se podría hacer la representación gráfica del periplo que hace Telémaco. En ambos casos se apela al trazo sobre mapas modernos que en la Antigüedad no formaba parte de su forma de entender o ver el mundo. En lo que tal vez sí coincidimos con los antiguos es que el camino se va trazando a través de las experiencias. El camino son los lestrigones y los cíclopes, Escila y Caribdis, pero también estos “obstáculos menores” que Telémaco enfrenta al presentarse frente a los dos reyes, el de Pilos y el de Esparta.



La segunda palabra es areté, que suele traducirse por virtud. Sin embargo, es posible que hoy en día podamos más bien entender virtud en un sentido más desde los modales o desde los valores como categoría contemporánea. En tiempos homéricos es más adecuado pensar la areté como una fuerza viril, no sólo de manera física, sino moral, ambas a la par. A diferencia de Petropoulos, el filólogo alemán del siglo XX Werner Jaeger trazará un vínculo importante en la educación griega a partir del término areté. En ese sentido, señala: “

Los griegos comprendían por areté, sobre todo, una fuerza, una capacidad. Es verdad que areté lleva a manudo el sentido de reconocimiento social y viene a significar entonces “respeto”, “prestigio”. Pero esto es secundario y se debe al fuerte contacto social de todas las valoraciones del hombre en los primeros tiempos. Originariamente la palabra ha designado un valor objetivo del calificado en ella. Significa una fuerza que le es propia, que constituye su perfección. (2012, nota al pie 4 pp. 21-22)

Ambas palabras están ligadas. Areté, que comparte raíz con aristós – el mejor – tiene esta raigambre de determinar a dónde se ha ido, el camino que se ha recorrido y el que se recorrerá. Petropoulos dice:

Los héroes de Homero tienen sus ojos entrenados narcisísticamente en el hic et nunc [aquí y ahora] de su sociedad y, en última instancia, al menos en teoría, en el futuro indefinido, de nuevo en la sociedad, después de su muerte. [...] El único significado y objetivo de la “historia” radica en la adquisición de kléos en la vida; se transfiere al morir a sus epígoni [descendientes, literalmente “hijos de héroes”], y su conservación a partir de entonces, principalmente a través de la canción. (2010, p.35)

Lo más interesante, sin embargo, no sólo es la Telemaquia como símbolo, sino también su recepción. Así como los poemas homéricos fueron cantados y diseminados por todas las ciudades helénicas, así también, junto con la lengua griega los modelos éticos ahí representados se volvieron populares a lo largo del Helenismo. No será sino hasta los siglos XVII y XVIII que en distintas regiones de Europa se retomará, con todo detalle, a los griegos, al grado de poder llegar a ser considerados la cuna de la civilización europea. (Snell, 1967)

En ese contexto, la recepción de la Telemaquia particularmente encontrará su punto culmen con François de Salignac de la Mothe, mejor conocido como François Fénelon. Teólogo, poeta y quien llegara a ser obispo de Cambrai

en 1695, preceptor del nieto de Luis XIV, el joven duque de Borgoña, padre del que llegaría a ser Luis XV muerto por una enfermedad en 1712. A partir de sus experiencias educando al joven delfín en la corte, en 1699 publicaría *Las aventuras de Telémaco*. Esta obra, además de ser un recuento de la Telemaquia, es una crítica al poder absoluto de su momento, inspirado en las formas de educar a un príncipe para no llegar a ser un dictador absolutista. El editor de la obra en francés, Jacques Le Brun, comienza el prefacio diciendo: “El Telémaco de Fénelon fue durante dos siglos, de 1699 a 1914, uno de los libros más reeditados y más leídos de toda la literatura: las ediciones, lujosas o populares, las reimpressiones, las traducciones a todas las lenguas, incluso las más exóticas, rebasan el millar, al grado que ninguna bibliografía exhaustiva todavía no ha sido elaborada.” (Fénelon, 1995, p. 7)

Tal vez esta difusión tan masiva fue lo que permitió que Joseph Jacotot, filósofo francés a caballo entre los siglos XVIII y XIX, usara *Las aventuras de Telémaco* para enseñar a leer (y justo en francés) a estudiantes flamencos que no sabían francés (y él no sabía holandés) durante un encargo militar en Lovaina. Como profesor de la escuela central de Dijon en Francia, había desarrollado un “método universal” para enseñar a todos todo vinculado a su propio contexto y a su lengua materna. De esta manera, el espíritu de la Ilustración podría “emancipar las inteligencias” a partir de este método radical. En 2008 apareció en castellano la versión de 1823 de *Lengua Materna. Enseñanza Universal*. (Jacotot, 2008)

El lector contemporáneo puede llegar a sentirse ofuscado ante la conexión que puede haber entre la Telemaquia y la cultura europea hasta el siglo XIX. Sin embargo, fue el filósofo francés Jacques Rancière quien hará famoso este pasaje en su libro *El maestro ignorante. Cinco lecciones para la emancipación intelectual* (2003). Ya desde el subtítulo puede apreciarse la conexión con el método propuesto por Jacotot. No sólo eso, sino que, en la primera lección o capítulo, “Una aventura intelectual”, narra los acontecimientos de Jacotot en 1818 en los que los estudiantes flamencos fueron descubriendo, desde la primera línea de la obra de Fénelon “*Calypso ne pouvait se consoler du départ d’Ulysse.*”. (1995, p. 31) La aventura radicaba en que se les pedía a los estudiantes que tradujeran un texto de una lengua que no conocían con un profesor que no hablaba su lengua. Sin embargo, como narran Félix y Victor Ratier sobre este método del “profesor ignorante” sobre Jacotot:



Cuál no fue su sorpresa al descubrir que sus alumnos, entregados a sí mismos, habían realizado este difícil paso tan bien como lo habrían hecho muchos franceses. Entonces, ¿no hace falta más que querer para poder? ¿Eran pues todos los hombres virtualmente capaces de comprender lo que otros habían hecho y comprendido? (citado en Rancière, 2003, p. 6)

Los textos, así como los barcos, tienen travesías a veces inesperadas. La *Telemaquia* no fue compuesta para, a la vez, “educar” a muchas generaciones de griegos, ni tampoco para ser un referente para la reflexión en torno a la educación. Sin embargo, este pequeño viaje de la Grecia homérica, pasando por Fénelon y Rancière hasta nosotros, tú lector y yo escritor de estas líneas. Hay muchas otras recepciones de la *Telemaquia* o, si bien se quiere, de *Las aventuras de Telémaco*, incluso al grado en que tal vez ya no podamos quitar a Fénelon cuando hablemos del clásico griego. No obstante, corresponde a nosotros insertarnos en esta tradición, como hispanoparlantes, entre otras tantas, para descubrir aventuras individuales y colectivas distintas, llenas de lestrigones y cíclopes, encuentros con reyes de otras ciudades y mentores que nos acompañen en el camino. Permítaseme cerrar este apartado con las palabras finales de Jacques Le Brun en su prefacio a la obra de Fénelon:

El *Telémaco* [de Fénelon] impone al lector de hoy en día un doble extrañamiento, antes que todo el ingreso a una lengua y a una cultura literaria y artística que son cada vez más alejadas de nosotros. Sin embargo, a través de esta cultura, que ya era una referencia para la Antigüedad, existe otro extrañamiento que se nos exige, y otra lectura de la de los hombres de los siglos XVIII y XIX. No obstante, algunos sabían bien que sólo a través de una desviación fundamental se puede ser fiel al objetivo de las obras maestras: lector atento de *Telémaco*, Mozart no se atiene a la letra del texto; va a lo esencial, a la relación con el mito, a la cuestión de la paternidad y compone un *Idomeneo*, *re di Creta*, que, por así decirlo, da vuelta al libro de Fénelon para expresar lo que es más personal para él. Más cerca de nosotros, Aragon, redescubriendo el entusiasmo de Marivaux [en su obra de teatro de 1724 *Le Télémaque travesti*], escribe la parodia burlesca *Las aventuras de Telémaco* y Panaït Istrati quien, por consejo de Romain Rolland aprendió francés traduciendo el *Telémaco*, escribirá *Kyra Kyralina*, obra íntima donde se trasladan a un Oriente Medio moderno las aventuras del hijo de Ulises. Finalmente, debemos evocar a este otro lector de Fénelon que es Joyce para apreciar la fecundidad

extraordinaria de la leyenda de Ulises y de Telémaco, quien, a través de incesantes reordenamientos, nutrió la imaginación desde la Antigüedad y permitió acercarse con ella a cuestiones fundamentales. (1995, p. 25)

La capitana, Barbara Cassin. La embarcación, el “Nostalgia”

Si Barbara Cassin dirigiera nuestro barco, tendríamos pocas certezas, pero mucha confianza. Como estudiante de filosofía se declara discípula y lectora de Heidegger, Derrida y el denominado “giro lingüístico”. También como filóloga clásica fue discípula de Pierre Aubenque y se ha inspirado en lingüistas como Emile Benveniste, entre otros. Ha sido profesora en diversas universidades francesas, traductora de Aristóteles al francés, a la par que directora del Centro Léon Robin de Francia y actual investigadora del Centro Nacional para la Investigación Científica (CNRS por sus siglas en francés). En 2018 fue aceptada como la novena mujer en ocupar una silla en la prestigiosa Academia Francesa, entre muchos otros proyectos tanto dentro como fuera de espacios académicos. Sin embargo, a nuestra capitana no le gustan los largos recorridos por sus batallas y condecoraciones. Puede consultarse una introducción general a su trabajo académico en un texto recientemente traducido al castellano como “La traducción como paradigma para las humanidades” (Cassin, 2022b) que también resume, de manera sustancial, su perspectiva sobre la filosofía, la filología, el acto de traducir y sus implicaciones para la vida humana.

Tal vez haya que detenerse, aunque sea momentáneamente en su proyecto cumbre. Barbara Cassin retoma de Jacques Lacan el término “intraducible” y dice:

Un “intraducible” o, mejor aún, los intraducibles (debe ser en plural) son síntomas de las diferencias entre lenguas. Para esto, he propuesto la siguiente definición: “un intraducible no es lo que uno no traduce sino lo que uno no para de (no) traducir”, de manera que no se trata de algo sacralizado, del tipo heideggeriano, sino, más bien, de un proceso abierto y siempre continuo. (2022b, p. 171)

Esto es lo que guiará este esfuerzo ya realizado en inglés, en francés, en proceso en otras lenguas y latitudes. En castellano el proyecto de más de 13 coordinadores y 150 traductores lleva por título Vocabulario de las filosofías occidentales. Diccionario de los intraducibles. (Cassin, 2018) A través de

explicar con más palabras una que no existe o no cabe cabalmente en el significado de otra u otras palabras en otra lengua se está realizando un acto filosófico. No hay traducciones inmediatas o perfectas, pero el simple hecho de pensar esa imposibilidad de comunicación total y absoluta de una lengua en otra, este “imponerse” o “poner sobre” de la palabra alemana Übersetzung, abre posibilidades. De esto se trata el proyecto de estos diccionarios o, en homenaje e inspiración a Benveniste, vocabularios.

Sin embargo, el texto de Cassin que nos sirve de guía o embarcación para este no tan largo periplo es su libro que, en español, fue traducido como *La nostalgia*. Ulises, Eneas, Hannah Arendt (Cassin, 2022a). Sin embargo, el título original en francés puede traducirse como *Nostalgia*. ¿Cuándo, pues, estamos realmente en casa? (Cassin, 2013) Siendo fieles al proyecto de la autora, considero que ambos títulos nos dan perspectivas interesantes del contenido del libro. En efecto, el libro busca establecer la pregunta sobre ese lugar que llamamos casa, hogar, terruño, ... Del título en castellano, si bien dejamos la pregunta de lado, rescatamos los tres personajes con quien Cassin se deja acompañar: el ya conocido Ulises, el fundador de estirpe latina y la pensadora judeoalemana exiliada hacia Estados Unidos por el régimen nazi.

Barbara Cassin comienza su reflexión con un pasaje personal. Se encuentra en la isla de Córcega. Su esposo nació ahí y tienen una casa. Sin embargo, en la propia forma de ser de los corsos, no basta estar casada con uno para llegar a ser parte, completamente, de la isla, sus pobladores, su pasado y su devenir. Está el elemento de la lengua. Si bien son parte de Francia y hablan el francés a la perfección, la lengua corsa es marca distintiva y orgullo nacional. Además, está la importancia repetida por varios vecinos y conocidos de Cassin de que es importante tener antepasados enterrados en la isla, en el lote heredado, en casa.

Comienza la reflexión en el apartado “Una isla es mi casa, pero no es mi casa” con las siguientes palabras: “Es como si volviera a casa, pero no es mi casa. Quizá porque no hay nada que sea mi casa. O, en realidad, porque precisamente cuando no estoy en casa tengo la sensación de estar en casa, en algún lugar que es como mi casa. ¿Cuándo hemos llegado a casa?” (Cassin, 2022a, p.15) Hay por lo menos tres respuestas a esta pregunta: Ulises, Eneas y Arendt. También podríamos decir que, junto con ellos, Cassin encuentra una multiplicidad de respuestas.

“Nostalgia”. Esa palabra es la que viene a la mente de Cassin cuando re-

flexiona sobre una isla en la que tiene una casa, pero en la que no está en casa. Y como buena filóloga clásica, reconoce la raíz de nostos, el terruño, la tierra propia, y algos, el dolor, la añoranza o, como expresa esa hermosa palabra en portugués que el castellano perdió en el Medioevo, “saudade”. (2022a, pp. 12-13) Así pues, Cassin reconoce que Homero no es el autor de la Ilíada y la Odisea, al menos no en el sentido de un “autor”, una persona, un genio creador que escribe una o más obras irrepetibles e inigualables. Más bien la cuestión homérica puede entenderse como un proceso cultural milenario que, gracias a la lengua, a las lenguas, fue escrito por decisiones políticas, sociales, culturales, económicas, etc. y que aún así, refleja grandes períodos de la humanidad.

Así pues, también reconoce la filóloga francesa que “nostalgia”, si bien de raíces griegas, no es una palabra griega, que los griegos en época homérica, clásica o helenística utilizaran. La historia etimológica es mucho más reveladora del argumento.

No es una palabra griega sino una palabra suiza, suiza alemana. Es en realidad el nombre de una enfermedad que no se describió como tal hasta el siglo XVII. A decir del Dictionnaire historique de la langue française, se inventó exactamente en 1678 y lo hizo un médico, Jean-Jacques Harder, para dar nombre a la añoranza de su país, Heimweh, que sufrían los fieles y carísimos mercenarios suizos de Luis XIV («sin dinero no hay suizos»). A menos que lo acuñase en 1688 Johans o Jean Hofer, hijo de un pastor alsaciano de Mulhouse, que le consagró a los diecinueve años su tesis de medicina en la universidad de Basilea, en la que describía «historias de jóvenes»: el caso de un muchacho de Berna que estudiaba en Basilea, que se iba apagando hasta que se curó por el camino, antes de llegar a casa, y el de una campesina hospitalizada («Ich will heim, ich will heim», gemía, rechazando alimentos y medicinas), que curó al volver a su casa. (Cassin, 2022a, pp. 21-22)

Llega incluso a narrar nuestra autora que fue esta enfermedad importantísima para entender parte de la historia militar. Rousseau, en su Diccionario de la música, tal vez en ese espíritu sarcástico pero verdadero narrará que la forma de curar la nostalgia de los soldados suizos era escuchando el “Ranz des vaches”, pieza que nos es conocida porque Gioacchino Rossini inmortalizó su versión en la obertura de William Tell. Para evitar que extrañaran Suiza, sus montañas y sus vacas, se tocaba esta melodía y los soldados se curaban de esta enfermedad que se empezó a llamar Heimweh. (Cassin, 2022a, p. 22)

La traducción al griego sería posterior, como lengua que hasta el día de hoy nos parece más “científica”, aunque híbrida del latín y del español una “tonsilitis” suena mucho más importante y curable científicamente que una “inflamación de amígdalas”. Pues algo así parece haber pasado en ese tránsito entre Heimweh y nostalgia. Sin embargo, cuando se retoman las palabras latinas, empleadas y significadas por los propios romanos y sus herederos lingüísticos en lenguas romances, la nostalgia cobra nuevos sentidos. En voz de Alicia Martorell Linares, la traductora de este texto de Cassin, leemos:

Somos huéspedes, hospites. Después de todo soy francesa, mi documento de identidad lo dice, y Córcega está en Francia, así que simplemente estoy en mi país, estoy en casa. Sin embargo, me encuentro como en casa solo porque soy hospes. Otros tienen raíces aquí, más raíces que yo, así que me acogen. Al no haber recibido tierras de mis padres, cosa que les agradezco, estoy gozando de una que no es mía, no del todo, aunque sea su propietaria legal. Porque es una cuestión de reciprocidad. Un huésped: la misma palabra que designa al que hospeda y al hospedado. Estamos frente a un hallazgo inmemorial, la civilización misma. Sin duda habría que añadir que, en griego, xenos designa al hospes en sus dos sentidos, pero también quiere decir «el extranjero», el que necesita ser «hospedado» por excelencia, mientras que en latín hostis designa también al «enemigo», es decir, confianza-desconfianza. (2022a, pp.18-19)

Pocas palabras tienen este doble sentido como el “huésped”, que a la vez es necesidad de ser recibido y vulnerable, a la vez que hostil. Como buena estudiosa de Derrida, Cassin está apelando a esta condición del ser humano que el filósofo argelino expuso (Derrida, 2021).

La respuesta de Barbara Cassin apela a su propio trabajo. No es casualidad que elija a dos personajes de la literatura griega y latina, de los más importantes: Ulises y Eneas. En un balance con el género y entre la filología y la filosofía, Arendt viene a completar esa “otra” mirada.

Ulises ha ido a la Guerra de Troya y, en el camino, se encuentra, junto con todas las proezas y ordalías, un sentimiento de regresar a casa, a esa cama de madera en Ítaca que está hecha de un árbol de olivo cuyas raíces jamás dejaron el piso, ya que construyó la casa en torno al árbol. Para Cassin, este poema homérico es la obra nostálgica por excelencia (2022a, pp. 23-24)

Por su parte, Eneas, quien también ha participado en la Guerra de Troya, saldrá de su casa cargando, en un hombro a Anquises, su padre, y en el otro brazo a los penates o dioses del hogar. El énfasis de Cassin es sobre la promesa que hace al llegar a la tierra del Lacio (Latium y de ahí latín) de no hablar más griego sino fundar una nueva civilización, como dice Virgilio, “adiciam faciamque omnis uno ore Latinos” (XII, 837). Cassin pone el énfasis en el “uno ore”, con una sola lengua, “con una sola boca” literalmente (2022a, p.24) Sale de su tierra con el padre en hombros y los dioses de la casa bajo el brazo para fundar una nueva civilización en Italia. Deja atrás su casa para encontrar una nueva patria, una nueva tierra que albergará a un gran pueblo, un gran imperio. Lo que unirá a ese pueblo será su lengua.

Finalmente, pero en ese mismo sentido de la lengua, Cassin rescata a Hannah Arendt en su tránsito como migrante judía de la Alemania nazi a los Estados Unidos. En una famosa entrevista realizada por Günter Gaus en 1964 reconoce que su patria es su lengua, la lengua alemana. Cuando se pregunta por lo que queda en momentos como los que ella vivió, la respuesta es “la lengua materna” (Cassin, 2022a, p.25) En una aparente respuesta a Heidegger, quien sostenía que la lengua era la casa del ser, Arendt tiene una perspectiva crítica hacia su maestro y amante al sostener que no es una casa inamovible, al igual que el Ser. Más bien es lo que queda. La lengua materna es el lugar en donde nos sentimos protegidos, cuando a uno se le ha quitado el trabajo, la casa de ladrillo u hormigón, el presente, el futuro y hasta la nacionalidad, el único refugio es la lengua. De ahí se viene y ahí se puede regresar. En la lengua materna siempre se está en casa

Del ‘habitar para educarnos’ al ‘educarnos para habitar’

Teniendo la propuesta nostálgica de Barbara Cassin, podemos entonces hacer esta lectura de la nostalgia, parafraseando a Petropoulos, en una “clave menor”. Esto quiere decir que, si bien la filósofa y filóloga francesa no se hace una pregunta directa por la educación, hacer una clave de la nostalgia en clave menor, sería ver qué sería para Telémaco lo que es para Odiseo, su padre. Y es preciso aclarar que esta “clave menor” no implicaría necesariamente infantilizar la educación. Por ello me refiero a que puede ser fácil pensar que educar sería proveer a Telémaco de lo necesario para que se vuelva un pequeño príncipe y llegue, en su debido momento, a ser rey. Este proceso heroico del viaje de Telémaco, por un lado, y de Odiseo, por el otro, con Derrida y Arendt, a través de la lupa de Cassin, puede tener



otra perspectiva.

Puede pensarse la educación como un “llegar a Ser”. Empleo la mayúscula con el propósito de dar cuenta de ese Ser al que pensamos que “hemos llegado”. Si bien Telémaco “sólo” tiene que transitar las experiencias necesarias para llegar a ser príncipe, aparentaría que todavía tiene un trayecto para llegar a ser rey. Sin embargo, lo que está viviendo su padre, adulto, es también un proceso. Tal vez nunca lleguemos a Ser, con mayúscula, sino más bien un estar siendo constante.

Me parece que los sistemas educativos contemporáneos nos dan esta impresión de llegar a ser mexicanos, coreanos, alemanes, argentinos, etc. La educación es un proceso en el que nos adecuamos a los lugares en donde habitamos. Esta perspectiva no es errónea. Sin embargo, la impresión teleológica de pensar en un lugar como meta final, ya sea “una carrera”, “ser ciudadano de un país”, “tener un empleo” o cualquier otra similar da la impresión de un proceso con una finalidad determinada, generalmente por otras personas, instituciones o fuerzas desconocidas. Aprendemos una o más lenguas que nos son “útiles” para el medio en el que creemos. Aprendemos los usos y costumbres de las sociedades en las que crecemos. El proverbio africano “Se necesita de todo un pueblo para educar a un niño” viene a cuento aquí.

Es verdad. Necesitamos a la sociedad, a toda ella, a todos sus elementos y sus relaciones para poder ir determinando quiénes somos. Pero, en un mundo cambiante, ¿qué necesitamos para emprender el camino lejos de casa? Como en los tres casos que rescata Barbara Cassin, ¿qué se necesita para regresar a casa? Si este periplo no sólo fuera el que pasan millones de migrantes contemporáneamente o incluso a lo largo de toda la historia de la humanidad, ¿qué necesitaríamos para educarnos?

Sin duda alguna necesitamos a un “mentor” o “mentora”, de hecho, a muchos de ellos y ellas. A diferencia de Fénelon, tal vez no necesitemos a un preceptor que nos indique las formas correctas, los conocimientos y habilidades que la sociedad requiere de nosotros y nosotros de ella. Los múltiples actores sociales, políticos y económicos que nos rodean, aún sin tener esa intencionalidad, son quienes nos permiten irnos forjando a través de lo que el destino tenga preparado para nosotros. En ese caso sólo una aparición de la diosa Atenea como “Mentes” o “Mentor” puedan llegar a bastar. No niego la importancia del papel de los profesores y profesoras, pero como veíamos

con Rancière, un maestro ignorante, como el método Jacotot. Pero también a alguien que nos dé refugio, como la propia Barbara Cassin ha establecido en las “Casas de la sabiduría – traducción”, casas en donde los refugiados migrantes a Francia pueden encontrar un espacio para estar, entender la realidad francesa y aportar, desde su lengua y cultura, a espacios de diálogo, intercultural e interreligioso.

Si, como Eneas, llevamos cargando a nuestros padres a cuestas y a nuestras deidades y costumbres bajo el brazo, entonces tal vez pensar en otras formas posibles de educarnos sean posibles. Si la lengua, las lenguas en la perspectiva de Barbara Cassin, es la manera en la que vamos habitando el mundo, identificar la riqueza que hay en ella, en ellas, en sus palabras es lo que permitiría darle sentido a los muchos mundos posibles.

‘Habitar para educarnos’ incluiría la forma en la que podemos estar en el mundo, con sus formas, sus culturas y el papel que cada uno y una de nosotros tenemos ahí. Podemos decir que llegar a ‘ser’, con minúscula, sería equivalente a estar siendo constantemente en el entorno conocido, pero también y sobre todo en espacios no conocidos. ‘Educarnos para habitar’ no sería lo contrario. Más bien sería pensar una educación, una formación o cualquier otra palabra que en las múltiples lenguas sirvan para entender, aproximadamente, eso que llamamos educar (Huarte Cuéllar, 2022) para poder habitar este mundo, el que nos es conocido, pero también el que no. El que conocemos, para criticarlo y el que no conocemos para soñarlo y transformarlo. No sólo Telémaco es el que necesita de estos viajes. Odiseo, de camino a casa, adulto como es percibido, muy hábil (politropón), también está en un viaje, en una búsqueda con muchos obstáculos y aventuras, todas ellas para regresar a casa.

Referencias

Benítez Vega, D. (2018) *Kléos, areté y hodós. Elementos de la formación de Telémaco en la Odisea*. Tesis. México, Universidad Nacional Autónoma de México.

Cassin, B. (2013) *La nostalgie: Quand donc est-on chez soi?* Ulysse, Énée, Arendt. París, Éditions Autrement.



Cassin, B. (2022a) *La nostalgia. Ulises, Eneas, Arendt*. Trad. de Alicia Martorell Linares. Madrid, Alianza.

Cassin, B. (2022b) "La traducción como paradigma para las humanidades." Trad. de A. Olivares e Intr. de R. Huarte en *Interpretatio. Revista de hermenéutica*, 7(2), pp. 167-197. <https://doi.org/10.19130/irh.2022.7.2.00X27S0039>

Derrida, J. (2021) *Hospitalité*. Volume 1. Séminaire (1995-1996). Anne Brault y Peggy Kamuf, eds. París, Éditions du Seuil.

Fénelon, F. (1995) *Les Aventures de Télémaque*. Ed. de Jacques Le Brun. París, Gallimard.

Homero (2015) *Odisea*. Trad. de J. M. Pabón. Revisión e introd. de C. García Gual. Madrid, RBD.

Huarte Cuéllar, R. (2022) "Dossier: Traducir educación desde "otras latitudes" en *Interpretatio. Revista de hermenéutica*, 7(2), pp. 14-197. <https://revistas-filologicas.unam.mx/interpretatio/index.php/in/issue/view/18>

Jacotot, J. (2008) *Lengua Materna Enseñanza Universal*. Buenos Aires, Editorial Cactus.

Petropoulos, J., C.B. (2010) *Kleos in a Minor Key: The Homeric Education of a Little Prince*. Washington, DC: Center for Hellenic Studies, Harvard University.

Rancière, J. (2002). *El maestro ignorante*. Trad. de Núria Estrach. Buenos Aires, Laertes.

Snell, B. (1965). *Las fuentes del pensamiento europeo. Estudios sobre el descubrimiento de los valores espirituales de Occidente en la antigua Grecia*. Madrid, Razón y Fe.